

LA PILARA

Desde el punto de la mañana oía cantar a su madre: «*él vino en un barco, de nombre extranjero...*»; «*ojos verdes, verdes como la albahaca...*»; «*no me mires a la cara, porque no me lo merezco...*»; «*a la lima y al limón, tú no tienes quien te quiera, a la lima y al limón, te vas a quedar soltera...*»; «*que sí, que sí, que sí, que sí, que a la Parrala le gusta el vino...*»; «*no me llames Dolores llámame Lola, que ese nombre en tus labios sabe a amapola...*».

Tatuaje, Ojos verdes, No me mires a la cara, A la lima y al limón, La Parrala, No me llames Dolores y un montón de coplas más salían de la boca de esa madre, ferviente admiradora de Doña Concha. Carmencita no comprendía la mayor parte de las letras, tenía cinco años. Y a esa misma edad decidió que sería cantante, como la Concha Piquer que escuchaba en la radio su madre. Las oía tantas veces, que se aprendía las letras de memoria y las interpretaba mientras lavaba la ropa, lucía el suelo, hacía la comida, fregaba los cacharros y se dejaba la espalda y la salud. Pero cantaba, cantaba sin parar. Hasta que llegaba el hombre y callaba la cantora. El tiempo pasaba lento, muy lento para Carmencita, que no veía llegar el momento de hacerse mayor y convertirse en cantante, como la Concha Piquer. «Doña Concha» como la llamaba su madre con reverencia.

—¿Por qué te gusta tanto cantar? —le preguntó a su madre.

—Porque quien canta sus males espanta.

—¿Qué males?

—Los que te da la vida, hija.

—Yo quiero ser cantante como la Concha Piquer que escuchas en la radio —declaró muy seria Carmencita.

La madre la miró con pena. Esa mirada de lástima, de una tristeza infinita se le clavó a Carmencita en el alma. No hizo ningún comentario, pero Carmencita entendió que a su madre le parecía un sueño imposible y, seguramente, no la mejor idea para una niña que había nacido en una familia pobre con muchas bocas que alimentar. Sin embargo y a pesar de todo, ella había decidido que sería cantante. Como la Concha Piquer.

Diez años estuvo recopilando coplas y aprendiéndoselas de memoria. Había heredado de su madre una bonita voz que no iba a desperdiciar en la cocina como ella, que siguió cantando hasta que su voz se apagó para siempre. Murió cuando Carmencita acababa de cumplir los quince años. Era la mayor de seis hermanos y a ella le tocó reemplazar a la madre: lavar la ropa, lucir el suelo, hacer la comida, fregar los cacharros y dejarse la espalda y la salud. A la pena por la pérdida de la mujer que la despertaba cada mañana con una copla, que la había dormido cada noche de su infancia con una nana; por no volver a sentir sus ásperas manos trenzándole el pelo con amor, se unió la desesperanza: su anhelo por el canto arrastrado por el suelo. Pero no rebló. Ella quería perseguir su sueño por encima de todo.

—Quiero ser cantante —le dijo una noche a su padre con un hilo de voz.

La bofetada que le soltó le dejó clara la respuesta.

Siguió lavando la ropa, luciendo el suelo, haciendo la comida, fregando los cacharros y dejándose la espalda y la salud. Pero cantando, como su madre. Hasta que llegaba el padre y callaba la cantora.

Vivían en el barrio de *El Gancho*. Cerca de su casa había un cabaret: el *Salón Oasis*. Carmencita veía desde la ventana entrar y salir a los músicos, las vedettes, y, cada noche, numeroso público se agolpaba en la puerta. Al cabo de un par de horas, los veía salir con una expresión distinta en sus caras. Habían sido felices, eso se notaba. Ella soñaba con entrar a esa sala donde los sueños se hacían realidad.

Comenzó a urdir un plan. Le llevó meses elaborarlo, tratando de no dejar ningún detalle al azar. Cada día observaba la expresión de su padre, siempre como de enfado. Pero un día le había cambiado la mirada. Era domingo, venía de la calle. Había acudido a una verbena popular a la que Carmencita no podía ir por tener que cuidar de sus hermanas y hermanos pequeños. Eso era lo que le decía el padre, pero, la realidad era que él no quería que su hija mayor se fuera a bailar por ahí como una cualquiera. Y con esa peregrina idea de ser cantante, cualquiera se fiaba. El domingo siguiente regresó con la misma cara. Carmencita pensó que la chispa que se escapaba de los ojos de su padre se debía a los tragos de vino. Sin embargo, al servirle la cena, comprobó que su aliento no olía a alcohol. Y también comprobó que la camisa desprendía un aroma extraño. Al tercer domingo lo supo: una mujer. Ese era el momento.

—Padre —empezó con voz nerviosa—, como los pequeños ya van a la escuela, he pensado buscar un trabajo para contribuir en casa.

El padre la miró receloso. Frunció el ceño. Aquella ocurrencia de ser cantante no se le iba de la cabeza.

—¿Un trabajo? —preguntó desconfiado—, ¿y de qué vas a trabajar, si se puede saber?, porque no seguirás pensando en la tontería esa de ser cantante, ¿no?

—No, padre, no pase pena —mintió Carmencita con seguridad—. Yo había pensado ir a limpiar por horas a alguna casa decente.

Lo de «decente» le salió sin pensar. Surtió su efecto.

El padre se la quedó mirando, como calculando lo que supondría un sueldo más en una casa en la que tanta falta hacía. Con eso contaba Carmencita y también con que su padre había encontrado una mujer que le alegraba los días y las noches.

—Bueno —contestó sin mucha convicción—, pero con la condición de que no descuides los quehaceres de la casa, ni a tus hermanos, ¿estamos?

—Estamos. Descuide, padre.

A partir de ese día, Carmencita comenzó a andar el camino con intención de no parar hasta alcanzar la meta: convertirse en cantante como la Concha Piquer. Una mañana y tras dejar a los hermanos pequeños en la escuela, entró en la *Oasis* por la puerta de atrás, por la que ella sabía que entraban el personal de limpieza y los repartidores cargados con cajas de bebidas.

—Buenas —se dirigió a una mujer que frotaba el suelo con brío—. Me ha dicho una frutera del mercado que están buscando una chica para limpiar.

La otra la miró de arriba a abajo, dudando de que aquella muchacha de aspecto enclenque y manos pequeñas fuera capaz de lucir una sola baldosa de un suelo que acababa cada noche arruinado de restos de alcohol y pisadas.

—Yo no sé nada. Espera que llamo a la encargada.

Al poco, apareció una mujer de edad indescifrable que la hizo pasar a un cuarto en el que se apilaban las cajas y los útiles de limpieza.

—¿Quién te manda? —preguntó mientras la observaba como había hecho la otra.

—Una frutera del mercado, la del primer puesto de la izquierda.

—¡Ah!, debe de ser la Mari.

—Sí, esa misma —arriesgó Carmencita sin tener ni idea de quién era la tal Mari.

—Pues verás. Aquí necesito una limpiadora unas horas por la mañana. Se me ha ido la Maribel. Se casa y dice que no quiere seguir fregando —hizo una pausa—. Ya fregaré en su casa, claro. Y gratis.

Lo dijo todo rápido y en tono de fastidio. Estaba claro que le había sentado mal que se despidiera la Maribel, por suerte para Carmencita.

—¿Y tú, ya sabes lucir suelos, limpiar cristales y quitar mierda de los baños? —mirándola fijamente— parece muy joven.

—Sí, señora, estoy acostumbrada. Desde que murió mi madre, cuando yo tenía quince años, hago todas las tareas de casa y cuido de mis cinco hermanos. Ahora tengo diecisiete.

A la encargada le entró la prisa de pronto. Le dijo que podía empezar a la semana siguiente y que no le podría pagar mucho, que eran malos tiempos, ya comprendería. Tampoco iba a hacerle contrato. Más adelante, si todo iba bien, ya vería. Trabajaría por las mañanas tres o cuatro horas, dependiendo de los días. Por la tarde la sala debería estar «limpia como una patena», fueron sus palabras. Carmencita aceptó todas las condiciones sin rechistar. El primer paso ya estaba dado. Sonriendo, feliz, regresó a su casa.

Ni sus hermanos ni su padre se enteraron de que el lugar donde iba Carmencita a limpiar todas las mañanas era la *Oasis*. Se las ingeniaba para hacer las tareas de su casa por las tardes, la comida por las noches y llevaba y traía a los pequeños de la escuela corriendo como loca. Nada le importaba, ni el escaso sueldo que cobraba, ni el agotamiento en el que caía cada noche. Estaba en el lugar donde los sueños se hacían realidad, aunque fuera «sacando la mierda de los baños» como le había dicho la encargada.

Desde su primer día de trabajo comenzó a cantar sus canciones favoritas. *Los ojos verdes* y *La Parrala*, rompían cada mañana el aire enrarecido por la falta de ventilación de la sala.

No había transcurrido ni un año, cuando una mañana entró una de las artistas que allí actuaba. Le decían La Pilara. Carmencita fregaba el suelo con ímpetu cantando *Tatuaje* a voz en cuello y con mucho sentimiento. Al oírla, La Pilara se quedó escuchando sin que la viera. Le impresionó aquella voz, esa forma de cantar, el estilo, los cambios de tono, todo. Al terminar el último verso: «*Dile que yo muero por él*», La Pilara no pudo evitar un aplauso. Carmencita se giró sobresaltada y la vio allí, plantada, sonriendo. Había oído hablar de ella, de lo buena artista que era, pero nunca la había visto en persona. Por las mañanas los artistas no aparecían, tenían que descansar.

—¿Quién te ha enseñado a cantar así?

—Mi madre, señora —contestó Carmencita

—¿Tu madre era cantante?

—No, señora, pero le gustaba mucho Doña Concha y se sabía todas las canciones.

—¿Tú también te las sabes?

—Sí, señora.

Todo ocurrió como un sueño. La Pilara le propuso hacer una prueba con música. La superó. Después, le pagó unas cuantas clases de canto para que aprendiera a modular la voz. Y al final le ofreció actuar en su espectáculo. Necesitaba una cantante de copla al estilo de La Piquer. Hasta la fecha no había encontrado a ninguna como ella. A Carmencita le parecía estar flotando en una nube. El plan le había salido a las mil maravillas. Ella confiaba en que si alguien del mundo del espectáculo la oía cantar tenía, al menos, una posibilidad. Lo que no imaginaba era que le iba a suceder tan pronto y de ese modo. Y con una de las mejores artistas. Pero había un problema que no sabía cómo resolver. El contrato que iba a hacerle La Pilara lo tenía que firmar su padre. Ella no podía firmarlo. Todavía era menor de edad en aquel momento y aunque hubiera sido mayor, tampoco hubiera podido firmarlo por ser mujer.

Temblándole las piernas, habló con su padre y con la que ya se había convertido en su novia y planeaba casarse en unos meses. Ni su padre ni su futura esposa quisieron saber nada del asunto. Apenas la escucharon. El padre, hecho una furia, amenazó con meterla en un convento si osaba poner los pies en ese lugar de vicio y perversión. La futura esposa le dio la razón. Y Carmencita añoró más que nunca a la madre.

Llorando, se lo contó a La Pilara, que, ni corta ni perezosa, se presentó en su casa para hablar con el padre. Este, la echó sin contemplaciones y sin escuchar los argumentos de esa mujer que, además de una gran artista, era una persona decente.

Carmencita se resistía a renunciar a su sueño, menos ahora que lo tenía al alcance de la mano. Lloró amargamente cada una de las noches durante los dos meses que le llevó tomar la decisión: con mucho dolor de corazón por abandonar a sus hermanos, se escapó de casa. La Pilara la acogió en la suya y se convirtió en la madre que Carmencita había perdido a los quince años. Triunfó cantando coplas cada noche en la sala *Oasis* que tantas veces había contemplado desde la ventana de su casa. Y pudo comprobar la cara de felicidad de los asistentes al terminar el espectáculo.

@ElenaLaseca

*La Pilara, nombre artístico de Pilar Lahuerta, fue nombrada por el Ayuntamiento zaragozano Cabezuda en 1982, en reconocimiento a su gran popularidad y carácter entrañable. Recorrió la mayor parte de los escenarios del norte peninsular, como jotera primero, tiple cómica después, y despertó durante muchos años la admiración y el respeto del público zaragozano y de todos los escenarios que visitó, donde siempre destacó por su gracia y su arrolladora simpatía. La realización del cabezudo, en cartón piedra policromado, se le encargó al escultor aragonés **Francisco Rallo Lahoz**.*

*Tuve la suerte de conocer a Pilar Lahuerta,
y que viniera a posar a mi estudio,
para realizar su retrato en caricatura
para el cabezudo, también le hice
un retrato a lápiz,
una mujer majísima de trato.*

Francisco Rallo Lahoz